

ENCUENTROS EN VERINES 1992

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

LAS PALABRAS DE LA TRIBU: Escritura y habla

José María Benet i Jornet

Lire le texte de theatre est una opération qui se suffit à elle-meme, hors de toute représentation effective, étant entendu qu'elle ne s'accomplit pas indépendamment de la construction d'une scène imaginaire et de l'activation de processus mentaux comme dans n'importe quelle pratique de lecture, mais ordonné ici dans un mouvement qui saisit le texte <<en route>> vers la scène. JEAN.

Pierre Pyngaert:

introducción à l'analyse du Theatre

La relación entre escritura y habla, el maridaje o la oposición entre ambos conceptos, tema siempre vital para cualquier escritor de cualquier género literario, adquiere características especiales para los que escribimos literatura dramática. Si la novela o la poesía o el ensayo pueden, a veces, fingir que olvidan los problemas derivados de tal relación, ello es imposible cuando nos referimos al teatro. Un autor teatral escribe palabras que tienden por definición, a ser dichas en voz alta delante de un público. El registro del lenguaje, la dinámica creada por unas voces escritas que resonarán inexorablemente en forma de habla de unos personajes, es uno de los puntos, es uno de los problemas claves que este género afronta en cada nueva pieza escénica. La voz del personaje emana de boca del actor, igual como, trasladándose del arte a la vida, la voz de la persona emana de esta misma persona. Y la comparación entre ambas voces, la de la vida fingida, teatral y la de la vida real, se hace inevitable a lo largo de la representación.

El lector del teatro puede que no se diferencie excesivamente del lector de otros géneros, pero en cambio, cuando del lector pasamos al espectador, advertimos que este no tiene más remedio que escuchar el texto de la obra, no ya a través de la lectura sino con las mismas orejas con las que había escuchado las voces de su intimidad. En consecuencia no puede dejar de comparar a ambas voces. Y no puede dejar de juzgar, al

menor en parte, desde la comparación el espectador pretenderá necesariamente, que la voz del arte teatral suene igual que la voz de la vida. No, ni mucho menos. No buscará que el habla de la escritura teatral imite el habla de la vida, sino que mantenga una determinada coherencia respecto de sí misma. Cada texto dramático se sitúa a una distancia determinada de la vida, y su habla debe saber mantener dicha distancia, trabajo arduo y que sólo los buenos consiguen resolver. Pero, de todas formas, aun recordando esa distancia, el habla de la vida será un punto de referencia siempre presente, inevitable para el espectador.

El escrito de literatura dramática cuenta con ello. Así, insisto, escoger, o mejor dicho, saber encontrar el registro del lenguaje hablado apropiado para el texto dramático que va a escribir constituye uno de los momentos más comprometidos de su trabajo. Tomemos, como ejemplo, el caso de aquel autor de teatro que quiere escribir una obra de carácter realista. Es decir, tomemos como ejemplo aquellas obras que intentan convencer al lector o al espectador de que el texto que tiene en sus manos que oyen con sus orejas es una copia fiel de la realidad. Parecería en tal caso, que escritura escénica y habla cotidiana son una misma cosa. Nada más lejos de la verdad. Las técnicas del realismo buscan la sensación de realidad, pero no son la realidad. Son una convención sujeta a las leyes tan sofisticadas y arbitradas, tan lejanas de la vida auténtica como puedan estarlo las técnicas del simbolismo o el surrealismo, para poner dos ejemplos.

La utilización casi exclusiva (si exceptuamos las posibles didascalías) de diálogo o de monólogos son unas de las particularidades del género teatral que le diferencian de la narrativa, de la poesía o del ensayo. En consecuencia, los textos dramáticos están sujetos, parcialmente a unas leyes que le son propias y exclusivas. Del mismo modo, cuidado, la narrativa está sujeta, en parte a leyes, más generales, que son idénticas a las de los demás géneros literarios, sus hermanos, hijos todos de la literatura. Las posibles discusiones sobre escritura y habla, ofrecerán pues, con matices, caracteres comunes en cualquiera de los géneros, incluido el teatral.

Quizás mis palabras habrán parecido afirmaciones de perogrullo, y ojalá esta sea la impresión que reciban todos los aquí reunidos, pero me parecía necesario incidir en ellas porque lamentablemente, y con mucha frecuencia, los especialistas parecen olvidar que el teatro <<también>> es literatura. En este sentido perdonen la osadía si me alejo a continuación del tema de nuestro encuentro y esbozo una cuestión previa, el olvido del género literario llamado teatro por buena parte de los estudiosos de la literatura.

Para que vamos a engañarnos. Hablar de literatura es hablar de poesía o de narrativa. A veces, no siempre, de ensayo. Casi nunca de teatro. O sólo por necesidad ineludible. En último término, los estudiosos se referirán cómodamente a Visen, a Valle Inclán o a Guimerà, pero nunca a los autores actuales. O muy pocas veces. En los encuentros de trabajo, narradores y poetas coinciden continuamente, comparten lecturas y entusiasmos, recuerdos y batallas, rencores y amistades: se consideran de la familia y forman parte de la misma tribu. Los autores teatrales, en tales ocasiones, son el extraño del que se desconoce todo y del que no interesa saber nada, el estorbo que hay que aguantar para guardar las formas y que después será olvidado rápidamente. ¿Qué ocurre? Porque pese a todo, como decíamos antes, el teatro <<también>> es literatura.

Pero no sólo literatura, claro. Y ahí está el quid de la cuestión. El teatro es, además, espectáculo teatral. En realidad, cuando pensamos en la palabra teatro, más que un texto, quizás lo que evocamos sea un escenario. La palabra teatro designa, al menos, dos conceptos emparentados pero jamás idénticos: la literatura dramática y el espectáculo teatral. La palabra teatro es pues, ambigua; el que la pronuncia o la describe puede que le esté dando un valor distinto del que la escucha o lee. En su ambigüedad, la palabra teatro genera equívocos.

¿Es consciente el estudioso de la literatura de esa ambigüedad? Yo diría que no siempre. Aseguraría que, con cierta frecuencia, tiende a confundirse y, en consecuencia a adoptar una actitud recelosa. Doy por descontado que el estudio de la literatura ama la literatura. Y bien decir literatura es decir libros. La literatura está en los libros, y sólo en ellos; o en sus equivalentes, ahora que la informática lo revoluciona todo. El estudio de la literatura se mueve a sus anchas entre páginas impresas, y puede que, además del arte literario, sea un apasionado de la pintura o de la música. O puede que no. Puede que no vaya jamás a una exposición de pintura o a un concierto. Si es así, nadie le señalará con el dedo. El se ha proclamado especialista en literatura, no en pintura o en música.

No podemos pedirle cuentas de unos territorios que no se han declarado suyos. Y por lo que respecta al teatro, el se siente cómodo, hasta cierto punto, con Visen, Valle Inclán o Guimerà porque, pese a tratarse de unos autores que periódicamente son representados, les tiene, al mismo tiempo, muy bien catalogados, calificados y cualificados en la letra impresa. Pero otros muchísimos autores pesan apenas nada en esta letra impresa mientras que son noticia discusión constante en los escenarios. Y bien, resulta que a nuestro especialista en literatura, a ese auténtico y honesto amante de la literatura, no le gustan para nada los espectáculos teatrales. O le resultan

indiferentes. O quien sabe, a lo mejor le encantan. Pero, en todo caso, él no es, ni se considera, un especialista en espectáculos teatrales.

Lo que no deja de producirle una cierta incomodidad. Ahí detrás del espectáculo teatral, hay muchas veces, no siempre y vaya lío pero sí en demasiadas ocasiones, un texto. ¿Debe él decidir sobre ese texto? ¿No forma parte, ese texto, de un espectáculo la mayoría de cuyos elementos—dirección, interpretación, escenografía, vestuario, luces etc. – le son completamente ajenos? El especialista en literatura está confundido, teme equivocarse, se siente lejos de su terreno y, sin declararlo abiertamente, decide obviar el problema. Prescinde del espectáculo teatral. No sin un resto de mala conciencia. No sin que de vez en cuando, en sus escritos sobre literatura, surja alguna ridícula, por indocumentada, alusión a determinados espectáculos teatrales. Es una nota falsa que otros especialistas en literatura, más precavidos, evitan celosamente.

La evitan, y con toda la razón. De una vez por todas debemos admitir sin miedo, sin complejos, que, efectivamente, el especialista en literatura no tiene ninguna obligación de entender en espectáculos teatrales y que, en todo caso, no debe incluir ninguna lista más o menos vergonzante de espectáculos teatrales en sus artículos y libros sobre literatura, pero que, en su globalidad, no puede ser juzgado como literatura.

Y sin embargo, también es cierto que a veces, muy a menudo, detrás del espectáculo teatral hay un texto de literatura dramática. Y ahí sí que es donde estábamos esperando al especialista en literatura, Porque él no tiene ninguna obligación de entender nada sobre espectáculos teatrales, y mucho mejor será si no se mete con ellos, pero en cambio sí tiene la obligación de entender en literatura dramática. El especialista en literatura debe olvidarse del espectáculo teatral , y sin embargo, recoger el texto teatral. Debe olvidar que la palabra teatro designa un espectáculo, campo que no le compete, pero tiene la obligación de recordar que la palabra teatro designa también a la literatura dramática, y que la literatura sí es parte de su territorio. Y que ha de ser capaz de responder de todo su territorio, no tan sólo de algunas de sus parcelas.

El espectáculo teatral tiene sus propios especialistas, y serán ellos los que juzguen y sitúen el texto, cuando lo hay, entre los demás elementos escénicos. Pero así mismo, el texto es literatura dramática, y como tal pertenece a la competencia de los estudios de la literatura. Prescindir, o tratarla sólo al paso y de puntillas, de esa parte de la literatura debe responder y deberá responder inexorablemente algún día. Claro está que existen lógicas subespecializadas dentro de la especialización en literatura. Que hay estudios de la literatura que sólo son de un movimiento, de una época o de un género. Pero los

panoramas generales deben atender cumplidamente al conjunto de la literatura, sin excepciones. Y debería constituir causa de alarma que los especialistas en literatura dramática sean pocos y aún, con frecuencia, anden confundidos. Debería constituir causa de alarma que la literatura dramática sea una asignatura pendiente o mal frecuentada. En definitiva, sin complejos y planteamientos cara a los malos entendidos, hay que rescatar el texto dramático para la literatura. Hay que recordar que el teatro ha sido y continúa siendo uno de los pilares básicos de la literatura. Y hay que obrar en consecuencia.